



JORDANIA - De Busto Arsizio a un paso de los mausoleos de Petra para servir a una categoría doblemente desfavorecida, la de las mujeres beduinas, y para llevar a cabo el diálogo entre las religiones con gestos más que con palabras. Sor Alessandra Fumagalli, de 51 años, describe así, desde el desierto jordano, el recorrido que en 2008 la ha llevado a dirigir el hospital italiano de Karak, abierto en 1939 por los cambonianos, a 150 km de Amán, en el área más pobre del país.

Mujeres recogiendo objetos de plástico en un vertedero de Guwahati, en el norte de la India, para reciclarlos (Utpal Baruah/Reuters) Ha elegido vivir el diálogo con el islam: ¿cómo se realiza su misión en la vida diaria?

Es un nexo entre vida consagrada y diálogo de vida: privilegiamos el testimonio cristiano en la relación, tratando de vivir con sobriedad y humildad el trabajo hospitalario. Vivimos codo a codo con la población, procurando purificar el lenguaje, la percepción y los juicios en el respeto de las diversas sensibilidades culturales y religiosas. Con los pacientes hay un diálogo silencioso basado en sonrisas y escucha: a todos prestamos la misma atención, sin dejarnos condicionar por nada. Es un modo de ser que notan sobre todo los musulmanes.

¿A quiénes acoge vuestro hospital?

En primer lugar, a las mujeres, y a las categorías más débiles y discriminadas, como los niños, las minorías étnicas locales, los inmigrantes, ayer los refugiados iraquíes y hoy los sirios. Nos esforzamos por trabajar en favor de la justicia, la paz, la reconciliación: en un área difícil como Oriente Medio, consideramos prioritario crear un espacio de diálogo en el trabajo común.

Nuestros colaboradores comparten nuestra vida, nuestro carisma, nuestra finalidad. Por lo demás, sostenemos también a los cristianos que se han quedado aquí: estar con ellos significa compartir su precariedad, sus dificultades e incertidumbres.

¿Cómo os consideran los pacientes?

Nuestro hospital está aquí desde 1939. La gente nos conoce, sabe que somos mujeres consagradas a Dios y que prestamos un servicio voluntario precisamente porque hemos elegido vivir al servicio de Dios y de la gente. Ciertamente, puede suceder que nos pregunten por qué no estamos casadas, no tenemos hijos y vivimos lejos de nuestras familias. Nuestra «independencia» de los hombres se acepta porque somos extranjeras. Para quienes no conocen la vida religiosa, es difícil comprender esta renuncia a la vida familiar.

¿Qué la conmueve más en la amistad con las musulmanas?

Estamos sumergidas en una cultura tribal, tradicionalista y machista, a menudo incomprensible para nosotras, mujeres occidentales. El aspecto que más admiro en ellas es su capacidad de vivir de modo pasivo las situaciones negativas: están en las situaciones sin escapar. Confían en Dios y buscan el modo de hacer funcionar las cosas en sus familias. Pero ante nuestros ojos puede parecer resignación. En realidad, a veces estamos más resignadas nosotras, cuando rompemos relaciones o abandonamos el terreno a causa de las dificultades.

¿Cuáles límites advierte en las relaciones con las personas?

Creo que la mayor dificultad es la de ordenar nuestra identidad de mujeres occidentales en una cultura machista. Es una realidad que nos exige ser vigilantes y sensibles en nuestro comportamiento, en nuestro lenguaje y en nuestro modo de relacionarnos. Ha sido fatigoso para mí llegar a Karak para reorganizar el hospital. He tenido que aprender a comunicarme según sus esquemas, a ejercer la autoridad sin herir el orgullo masculino, y a aceptar a veces la mediación de un hombre para comunicarme con algunos musulmanes. A costa de grandes esfuerzos he aprendido que es necesario conocer la cultura antes de actuar. De todas formas, estamos en una posición privilegiada: saben que el hospital es «de los cristianos» y que hay religiosas, pero quienes vienen tienen verdadera necesidad, y esto les hace superar la desconfianza. En setenta y cuatro años hemos dejado una huella positiva: nos respetan.

¿Qué la hace sufrir al no lograr cambiar ciertas situaciones?

La vida de las mujeres es muy fatigosa aquí. Gracias a las políticas educativas de la reina Rania las muchachas han obtenido facilidades para acceder a la universidad, pero luego la cultura las reconduce a sus tradiciones, por lo cual antes o después un padre o un esposo regularán su futuro. En la ciudad las cosas son diferentes, pero aquí, en el sur –aparte del estudio no hay nada–, las reglas culturales son muy rígidas. Mi pena más grande es ver que son muy pocas las mujeres que tienen perspectivas diferentes para sus hijas.



<http://www.observatorioromano.va>